

El circo que sucumbió bajo las llamas

El teatro que se alzaba en la confluencia de las calles Santa Susana y Quintana ardió la noche del 10 de julio de 1793 y llegó a acoger una becerrada con novillos



Pedro RODRÍGUEZ
CORTÉS
CRONISTA DEL
CENTRO ASTURIANO

Uno de los grandes sucesos acaecidos en Oviedo a finales del siglo XIX fue sin duda el incendio del teatro-circo "Santa Susana". Los ovetenses asistieron impotentes ante la furia de las llamas, a la desaparición de un teatro muy enraizado en la ciudad. Aunque el tema ha sido abordado no hace mucho tiempo por mis amigos Alberto Polledo y Juan de Lillo, vamos a añadir una serie de detalles poco conocidos de aquel siniestro.

La idea de alzar un teatro-circo en Oviedo partió de un trío de personalidades de la capital: José San Román, Telesforo Doiztúa y Ramón Valdés, ante la situación decepcionante de los coliseos ovetenses. El del Fontán estaba en muy malas condiciones y las obras del Campoamor avanzaban con una lentitud desesperante.

Los trabajos del "Santa Susana" se iniciaron en 1883 según un proyecto, como era tradicional en aquel tiempo, del arquitecto La Guardia y el trabajo del maestro Mamerto Lerena. Fue inaugurado el 14 de agosto de 1884 con un espectáculo de circo y llegó a utilizarse hasta como marco de una becerrada.

El solar donde se edificó era el huerto llamado "José Solís". Poco tiempo después se inauguraba el modesto Salón Bretón en la calle San Vicente. El "Santa Susana" en principio, fue más circo que teatro con una pista circular en el centro. El edificio tenía dos fachadas a las calles Quintana y Santa Susana. Disponía de 320 butacas y 1.372 localidades. Un éxito musical muy

de ventas de bienes
IONALES.

EL 22 DE AGOSTO.

Pravia.

en Oviedo y Pra-
adas en quiebra
vencidos.

tinuación se ex-

CORREO INTERIOR

El acaudalado banquero de esta ciudad D. Policarpo Herrero construirá en breve dos magníficos edificios en los terrenos que ocupó el Circo-teatro, en las calles de Quintana y de Santa Susana.

Ayer se presentó en el ayuntamiento la instancia solicitando autorización para levantar los cimientos de dichos edificios.

Los planos se presentarán uno de estos días.

La noticia que daba cuenta en la prensa regional de la construcción del chalé de Policarpo Herrero en el solar que había ocupado el teatro-circo. | LNE

recordado por los ovetenses fue la intervención del tenor de la capital Lorenzo Abruñedo cantando "La Favorita", "Un Ballo in Maschera", "Ernani" y "Fausto".

El día de la tragedia. A las doce y media de la noche del 10 de julio de 1793, los pitos de los serenos y las campanas de la iglesia de San Isidoro pusieron sobre aviso a los vecinos de Oviedo. Por causas que jamás fueron descubiertas se desató un voraz incendio que en pocos minutos destruyó, literal-

mente, el teatro-circo de Santa Susana. Los destrozos afectaron, incluso, a una casa colindante propiedad de Santos Pelayo. Ni siquiera la cercanía del Parque de Bomberos, en la misma calle y la rapidez de su actuación, fueron suficientes para apagar el devastador incendio. Se criticó la falta de disponibilidad de agua y se acentuó la necesidad imperiosa de resolver la traída desde Morcín. El cuadro que presentaba la confluencia de las calles Santa Susana y Rosal no era para describirlo.

Muchos vecinos de las calles limítrofes se vieron obligados a abandonar sus hogares ante la amenaza de las llamas. Otra lectura que se hizo del desastre fue la hipótesis de intencionalidad por parte del propietario, ante la crisis que venía soportando y la posibilidad de percibir una indemnización de la casa aseguradora del edificio.

Entre los variados usos del circo, en cierta ocasión se celebró una becerrada en la que dos diestros ovetenses estoquearon novillos.

Como el circo no disponía de corrales adecuados para albergar a los animales, se les encerró en un local próximo hasta el día de la corrida, que resultó un éxito. Precisamente el entusiasmo despertado daría origen a la necesidad de contar con una plaza auténtica, deseo plasmado en 1889 con la inauguración del coso ovetense de Buenavista. Cuando desapareció el teatro en el solar se edificó el chalé de Policarpo Herrero en la confluencia de las calles Quintana y Santa Susana.

La noche en la que el reloj se paró

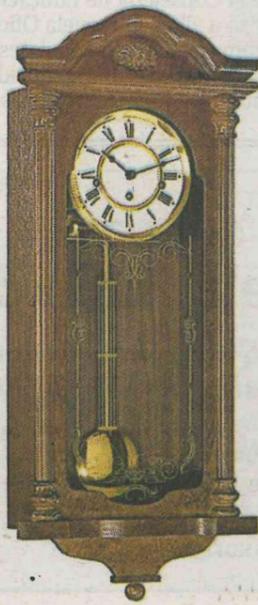
La misa en los Carmelitas comenzaba a las siete, pero aquel día la feligresa llegó mucho antes



Luis Antonio
ALONSO-VEGA

Aquel reloj de pared estuvo primero en el comedor de mi casa. No sé por qué extraña razón pasó a la galería. De cualquier forma, su campana se oía desde cualquier lugar de la casa cuando daba las ho-

ras. Cuántos años tenía aquel reloj, ni idea, siempre lo conocí. Estábamos tan habituados a su sonido que incluso por la noche no nos despertaba. Si no podíamos dormir esperábamos a que diese una hora, algo que nos ayudaba para saber cuánto tiempo teníamos para seguir durmiendo o para levantarnos. Hasta ahora, éste es mi prólogo y la historia viene a continuación. Mi madre se levantaba muy temprano e iba a Misa de 7 a los



Un reloj de pared. | LNE

Carmelitas. Se guiaba por el reloj y por la costumbre de tantos años haciendo lo mismo. Pero algo ocurrió un día, porque el reloj se paró. A alguien de la casa se le olvidó darle cuerda, cosa que había que hacer

Dar cuerda al artilugio una vez a la semana resultaba fundamental para disfrutar de su sonido

una vez a la semana. Mi madre, quizá guiada por la luz o las estrellas de la noche, marchó a su habitual misa. Cuando llegó a los Car-

melitas la Iglesia estaba cerrada a cal y canto. Como no solía llevar reloj, miró hacia un lado y otro de la calle esperando ver a alguien que le dijera la hora: no había ni un alma en toda la calle Santa Susana. Entonces se acordó del reloj grande y luminoso de la Caja de Ahorros de Asturias.

Se acercó hasta la calle Marqués de Santa Cruz y desde arriba divisó el reloj de la Caja que marcaba perfectamente las 5 y media: ¡Horror, qué temprano era! Se había equivocado de pleno. Así que volvió para casa, se sentó y esperó una hora para volver de nuevo a los Carmelitas. Eso sí, en esta ocasión con la ayuda de un reloj despertador que marcaba perfectamente la hora. Al reloj de pared nunca más se nos olvidó darle cuerda, claro está.